

Agosto 26, 1935.

Dra. María Cadilla de Martínez
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, P. R.

Muy Sra. mía:

He tenido una verdadera delectación leyendo el hermoso trabajo de usted, "Semblanza de un Carácter", publicado en el número de Agosto de la Revista "Puerto Rico", y dedicado a Lola Rodríguez de Tió, por la manera tan magistral con que hace usted el estudio de aquel carácter entero, íntegro, inteligente de mujer. Se necesitaba la pluma de otra mujer, de otra mujer de pluma tan delicadamente fina como la de usted, para enfocar, de la manera como usted lo hace, ciertas modalidades de aquella alma tan sensible de mujer y tan viril, al mismo tiempo, como si fuera la de un hombre.

Conocí a Lola, cuando, con su esposo y su hija, se hallaba en la emigración en New York, por los años de 1895 al 1898. Antes de eso, la había visto muchas veces en Puerto Rico, desde que yo era un jovencito; pero nunca había tenido la oportunidad ni tampoco la personalidad, para acercarme a ella. El mundo de ella en Puerto Rico era de la clase llamada de los intelectuales de la época de la de Manuel Elizaburu, Manuel Corchado, y otros que brillaron entre el '80 y el '90. Cuántas veces la ví en la Plaza de Armas de la Capital, cuando la Plaza de Armas era como una continuación del Ateneo que asomaba su ancho y largo balcón sobre ella, en compañía de Acos-

ta, Blanco, Celis Aguilera y otros astros de primera magnitud, discutiendo sobre literatura, política, sociología, etc., y luciendo el pelo corto y sin sombrero, zapatos de tacón bajo, y vestido que luego se ha llamado "estilo sastre"! Creo que, entonces, sin conocerla a fondo, me sumaba yo al vulgo que la criticaba por sus maneras que chocaban con las del ambiente local; por andar siempre sola, sin su marido (Bonocio casi nunca la acompañaba) y quizás, también, fui de los que la motejaban de marimacho. En un trabajo que escribo actualmente trato de esto.

Luego, como digo arriba, conocí a Lola personalmente en New York y visitaba su hogar, donde se me distinguía con la franqueza y amabilidad genuinas puertorriqueñas; y me sentaba a su mesa a comer platos criollos confeccionados por ella y por su hija Patria, pues no tenían recursos suficientes para tener una cocinera.

Leyendo el trabajo de usted, viene a mi memoria el siguiente incidente: Como Presidente del Club revolucionario "Juan Rius Rivera", en 1895, escribí a Lola transcribiéndole el acuerdo del Club, declarándola Presidenta Honoraria. El Secretario del Club, Joaquín Martorell, quien aún vive en New York, dirigió la carta a la Sra. Doña Dolores Rodríguez de Tió; carta que yo firmé, y como era de esperarse, tuve que aguantar un regaño similar al que usted recibió cuando la llamó, también, Doña Dolores.

Lola era única, original en todo. Recuerdo, que, siendo Alcalde en 1917, fui a Ponce a recibirla con su sobrina Laura, que venían de San Germán, vía Mayagüez. El Juez Emilio del Toro, Luis Samalea Iglesias y el que esto escribe, y no recuerdo si alguien más, habíamos organizado una velada en el Teatro Municipal de San Juan, en honor a Salvador Brau, para allegar recursos con que pagar la estatua del ilustre poeta y escritor que se encuentra en la Plaza que lleva

su nombre, y habíamos invitado a Lola a tomar parte. Mi encargo era llevarla a San Juan. Cuando salimos de Ponce y al tratar de vadear el río "Portuguez", que aún no tenía puente, lo encontramos crecido, y tanto, que los vecinos opinaron que sería una locura intentar vadearlo. Lo juicioso hubiera sido volvernos a Ponce y esperar allí las horas necesarias para que volvieran las aguas a su nivel, si es que no seguía lloviendo en la altura. Lola se opuso tenzamente a volver a Ponce. "Cuando ella salía de una población, no volvía para atrás nunca. Esperaría todo el tiempo que fuese necesario a la orilla del río "Portuguez" hasta que bajasen sus aguas." Y allí nos quedamos en el auto por más de tres horas, muy entretenidos, eso sí, oyendo las improvisaciones de Lola al "atrevido Portuguez que te pones en mi camino," improvisaciones que seguramente Laura debe conservar, pues recuerdo que Lola se las hacía repetir.

Lola y su sobrina Laura fueron mis huéspedes esa noche en mi casita de campo de Barranquitas, donde mi familia veraneaba. El cielo, el clima, el agua, y Barranquitas, la cuna de Muñoz Rivera, fueron objetos de nuevas improvisaciones de la divina Cantora de las Lomas.

Y aquí debiera acabar esta ya demasiada larga carta. Hay, sin embargo, algo en el trabajo de usted, que es mi deber rectificar, simplemente por la verdad histórica. Dice usted que yo he afirmado que Lola y Hostos lograron convencer a Rius Rivera para que aceptase venir a Puerto Rico a dirigir la revolución. Yo no he hecho esa afirmación, por la sencilla razón de que Hostos no vino a New York hasta el mes de Julio de 1898, y la llegada del General Juan Rius Rivera a New York ocurrió en Marzo de 1896, y en Junio de ese mismo año, a su

... vuelta de Santo Domingo, donde fué Terreforte y Forrest y Méndez
Martínez, para estudiar más de cerca las eventualidades de la empre-
sa, resolvió marchar a pelear por Cuba, donde le aguardaban.

Le reitero mis parabienes más sinceras por su magistral
trabajo, solamente como de uno que conoció y admiró a Lola.

Créame usted, muy afectuosamente,